

Ella Dumbar Temple. Réquiem por una gran dama

Manuel BALLESTEROS GAIBROIS
Universidad Complutense de Madrid

Era una gran dama, en el exacto y amplio sentido de la palabra, promesa desde joven, realidad en su plenitud. Y, porque es ley de vida, la hemos perdido. Me refiero, naturalmente, y todo peruano, al ver quien escribe, lo habrá comprendido de inmediato, a Ella Dumbar Temple, que nos ha abandonado el día 20 de febrero pasado. Todavía está sobre mi mesa la fotografía que nos fue tomada en su casa con Miguel Maticorena, en septiembre de 1996. Ponderar la grandeza de sus actos (Sociedad Peruana de Historia, revista DOCUMENTA, magnificación de las celebraciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional y, naturalmente, la magnitud de su magisterio académico en la «casona» venerable de San Marcos) no es hora de que yo lo recuerde, porque ya lo han escrito en estos días los que fueron sus discípulos, los que absorbieron la linfa clara y ordenada de sus sabiduría. No voy a insistir en ello, como no sea algún recuerdo personal, sino mostrar cómo fue vista y estimada «desde fuera» del Perú.

Y el primer impacto de esta postura extra-peruana he de fijarlo en el I Congreso Internacional de Peruanistas, ordenado y presidido por mi entrañable amigo Raúl Porras Barrenechea, cuyo centenario de su nacimiento estamos recordando. Este Congreso tuvo efecto en 1951 y en él asombró a los no peruanos el dinamismo de una joven y sabia historiadora: Ella. También estaba un conde italiano, Carlos Radicatti di Primeglio, que ya tenía dos amores. Uno de ellos público y científico, el de averiguar el secreto de los «ñudos» de cuerdas, como llamaron los españoles a los «quipus», en el runa-simi. El otro mor que él creía oculto, se manifestaba de modo tan claro, que conduciría a convertir a la profesora en condesa. Y emprendieron juntos la aventura matrimonial y del cultivo del estudio del pasado, él lo antiguo, ella —Ella— el del tiempo históricamente más cercano, pero que, quizás por ello mismo, necesitaba de ordenación de materiales. Y en ello fue maestra indiscutible. Así como en las relaciones con los historiadores extranjeros, que se hallaban presentes en la gran ocasión de aquel Congreso, pocos años después de que se normalizase la circulación internacional de los profesionales de la cultura. Y así hasta su víspera de la muerte,

en que ella hacía memoria del que fuera su gran colega y amigo: Marcel Bataillon.

Luego, sus visitas a Europa, antes y después de su matrimonio con Carlos Radicatti, y la soltura de su erudición, la exposición de sus proyectos y el relato de lo ya efectuado, dejaron atónitos a investigadores, especialmente los americanistas del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid), que celebraron varias reuniones con ella y en su honor.

Pero no todos los que se van son recordados, por importante que haya sido su curso vital, o haya sido tan fecundo que ha dejado secuelas, en el buen sentido de esta ambigua palabra, o escuela. Porque la maestría la recuerdan los discípulos, y se manifiesta en la obra escrita, pero es el rastro material el que permite la presencia, por raro que pueda parecer, de quienes le dieron el ser. Y por ello, en Lima, en una calle silenciosa, muy cercana —sin embargo— a una vía de gran tránsito, queda la Fundación del matrimonio Radicatti-Dumbar, con la riquísima colección de «quipus» (yo me he despertado, cuando fui su huésped, en medio de los cuidados marcos acristalados en que ellos se conservan). Es la fundación, testimonio de dos vidas dedicadas a la ciencia, y dentro de ella a la historia y el pasado y cultura del Perú antiguo e independiente, se respirará siempre el ambiente refinado de lo que fue la residencia de una pareja singular, cuya puerta se abría —al llamar— por un austero servidor, al que llamaban «el varayoc», por su adusto y severo aspecto.

Como el ser humano se apoya siempre en cosas tangibles, que le traen el recuerdo de las que ya no son, la casona de Ella permitirá que la memoria de quienes fueron «vivan» en las cosas que permanecen y guardan el aroma personal de su presencia.